



Alba de Céspedes

ALBA CUBANA

Por GIMENEZ CABALLERO

—Yo—dijo mi amiga—le confieso que no había leído nada de literatura cubana hasta esta novela de la Céspedes.

—Así, no ha pasado usted, en su cariño a España, ratos de angustia...

—No me diga...

—Sí: salvo otra gran escritora—Gertrudis Gómez de Avellaneda, poetisa, cuentista, casada dos veces, desgraciada en el amor y que vivió casi siempre fuera de Cuba (a la que se recordaba con versos como éstos: “¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!”)—, el resto de aquella literatura romántica y libertaria es atroz...

—¿Mala?

—No. Magnífica; muchas veces, llena de tragedia y de talento, de desviamiento y desesperación... Usted quizá no la comprendería. Comprendería, tal vez, poemas como los “Trofeos”, de Heredia, el máximo romántico cubano, escritos en francés. Pero del resto, su espíritu europeo y centroalpino, no podría darse cuenta...

—¿Usted no justifica la libertad de Cuba ni la figura patricia de Carlos Manuel de Céspedes?

—Eso es otra cosa... Una cosa es el dolor que aun habla en mí por boca de las heridas de mis padres, las heridas del 98, de aquella horrible desgracia que fué entonces ser español... Y otra cosa es...

—¿El qué?

—Yo no soy un reaccionario. Sé mirar con grandeza el destino de España. Y hoy puedo serenamente justificar a Céspedes, a Martí, a Bolívar, a Hidalgo...

—¿Entonces? No me lo explico.

—Es difícil de explicar esta aparente contradicción. El problema del “casticismo” es así. Sobre la fatalidad circunstancial de la Patria donde Dios nos hizo nacer, existe, para ciertas almas misteriosas y escogidas, algo así como una “Casta” o “Raza” ideal, hiperbórea y rectora, que las elige y las hace interpretar cada vez un papel histórico diferente, según suene el pandero político, según el viento que sople... Una “Casta” semidivina y heroica—sin Tiempo y sin Espacio—, creada desde siempre y por siempre para el Mando en el mundo: la “Casta de los Héroeos y los Fundadores”... Como en las dinastías regias: un rey (que es siempre de origen divino) puede ser liberal y el siguiente absolutista, según el altibajo histórico. Pero no porque ellos en sí sean ninguna de ambas cosas... Lo esencial para ellos es perpetuar su dinastía, su Casta, no traicionarla... En el siglo pasado, yo comprendo que Céspedes—apellidado de casta—hiciera el “Liberador”. Hoy, seguramente, haría el “Liberador”. Quizá su nieta...

—No le entiendo a usted.

—Lo siento, amiga mía. Hasta que yo conozca—y lo deseo ya con pasión—ese libro y a esa cubana, y constate lo que pienso desde ahora sobre ella por el hecho de escribir sus libros en Roma y no en París ni en Manzanillo, no podré explicarme mejor... Excúseme. Se trata del secreto “castizo” de Cuba. Del aristocrático secreto de toda América que hoy empiezo a ver claro, tan claro como un amanecer. Tan claro, como ese nombre simbólico: “Alba”.

II

Al poco tiempo marché a Italia. Y en un pueblecito de Lombardía pregunté en la librería de la plaza del Mercado:

—¿Tienen “Nessuno torna indietro”, de Alba de Céspedes?

—Teníamos un ejemplar y lo vendimos ayer a un soldado. Vuelva dentro de dos días y tendremos otro.

Al cabo de dos días me presenté en la librería del pueblo para demostrar a Alba de Céspedes que “qualcheduno tornaba indietro”; que alguien volvía atrás de sus pasos.

La portada del libro era un poco banal. Un grupo blanco-azul-róseo de muchachas—sin uniforme—, estudiando en torno a una

HABLANDO una tarde con una bella dama austríaca—en su casa frente al Retiro, aquí en Madrid, después de nuestra guerra (por 1940)—, me preguntó:

—¿No ha leído el libro “Nessuno torna indietro”, de Alba de Céspedes?

—¿Quién es Alba de Céspedes?

—Una escritora italiana que se ha revelado con ese libro al mundo. Está siendo traducido a todas las lenguas. Algo excepcional.

—Pero ese nombre—“Alba de Céspedes”—, ¿es un seudónimo?

—Alba de Céspedes es la hija del que fué presidente de Cuba. Y nieta de Carlos Manuel de Céspedes, el fundador de Cuba libre.

—¿Y por qué escribe en italiano?—demandé en seguida.

—Su madre es italiana; ella vive en Roma.

—¿Y qué más?

—Yo no sé más—me respondió la rubia dama austríaca, un tanto molesta y sorprendida por mi vehemencia.

—Pues yo lo sabré, señora...—murmuré. Y añadí entre dientes:

—Menos mal que ese libro no lo ha escrito en francés... El que una pluma de Cuba utilice el italiano en estos momentos, es ya algo extraordinario...

—¿Por qué?—exclamó, volviéndose, la dama, que me había oído ese somormujo.

—¡Ah! ¿Pero usted no sabe, señora, que la literatura cubana venía siendo la sucursal de París? Recuerdo de un rojo que allá por 1930 escribiera un “Panorama de la literatura de nuestra América”, diciendo, poco más o menos, de Cuba: “Sa littérature est une branche de la littérature française”... Dando así la razón a Menéndez y Pelayo cuando pensaba... ¿Están en la biblioteca de su marido las obras de Menéndez y Pelayo?

—Creo que sí...

Buscamos el tomo I de la “Historia de la Poesía Hispano-Americana”. En la página 289 del capítulo III encontré la cita precisa: “En francés se piensa, en francés se siente, en francés se habla”... “Jerga mestiza y agabachada de París”, llamaba don Marcelino a la literatura cubana. Añadiendo: “Los literatos cubanos, en son de independencia, vinieron a perder todo carácter americano y todo carácter español, sin ser tampoco franceses, sino de imitación y contrahechos: porque nadie reniega impunemente de su casta”. “Hoy, quizá, entre todas las literaturas de América, la menos española es la cubana”. “Sin embargo—terminaba Menéndez y Pelayo con acento vaticinador—, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias”. Cerramos el libro.